

El rey del Gurugú

Ferran Joanmiquel Pla

*Per a en Lluç,
que ja fa gairebé un any
que va arribar.*

Gurugú: Monte rifeño desde el que se divisa la ciudad de Melilla. Monte en el que habitan los inmigrantes subsaharianos que intentan saltar la, entrar en, llegar a. Monte en el que anidan la esperanza y la desesperación a partes iguales.

MARLEY

Un perro que aspira a algo mejor.

Aquesta obra es va estrenar al Teatre Ateneu de Celrà
el dia 7 de novembre del 2015

FITXA ARTÍSTICA

Autor i direcció: Ferran Joanmiquel Pla

Intèrpret: David Martínez

Il·luminació: Eric Rufo

Producció: Cos a Cos Teatre i La Nave Va

I. Bienvenida

MARLEY:

Bienvenidos, novatos. Esto no es precisamente el paraíso que habíais soñado, ni mucho menos, pero bueno... el caso es que habéis llegado hasta aquí. Y habéis tenido suerte. Mucha suerte, novatos. Porque vosotros sois los más fuertes, los más valientes. O los más inconscientes, eso según como se mire. Seguramente habréis perdido algún compañero por el camino. Pero no me vengáis con lagrimitas, aquí todo el mundo ha recibido sus palos. Que sepáis que a partir de ahora yo seré vuestro guardián, vuestro protector. Sólo tenéis que portaros bien conmigo y darme de comer de vez en cuando. A lo mejor no estáis entendiendo un solo ladrido de lo que estoy diciendo. Sé que estáis cansados. Pero sea como sea, voy a contaros mi historia, novatos, tenéis mucho que aprender y alguien tiene que hacerse cargo de vosotros.

Mirad... si una cosa he aprendido en mi vida, es que hay que estar siempre alerta. Porqué nunca sabes cuándo te vas a cruzar con el siguiente hijo puta que te suelte una patada en el vientre. Yo antes era un perro fantasma. Iba de aquí para allá sin rumbo fijo. Lo mejor que me podía pasar era ser invisible, que nadie me viera. Porqué sino, me llovían los palos por todas partes. Una vez, hace tiempo, tuve un amo. Pero el viejo cabrón me pegaba más que a una estera. Hasta que un día me harté y me largué. Decidí que era mejor andar solo que ser esclavo de un viejo cabrón. Yo quería algo mejor. Presentía que había algo mejor. Pensaba: *¿es posible vivir libre, sin amo y sin hostias?* Aunque la libertad también tiene su precio, claro. Cuando eres un vagabundo, te puedes esperar cualquier cosa menos que la gente sea amable contigo. Todo tiene su cara y su cruz. Por eso, cuando Abdul se me acercó, allá en el mercado de Beni-Enzar, mientras yo hurgaba en la basura buscando desechos, lo primero que pensé fue: *Este hijo puta te va a soltar una patada en el vientre*, y le enseñé los colmillos.

(MARLEY enseña los colmillos.)

El tío iba hecho polvo, como vosotros. Llevaba una camiseta del Manchester United que no podía estar más gastada. *Este es un muerto de hambre, pensé, está buscando algo que llevarse a la boca y yo no pienso compartir el menú.* Claro, yo entonces aún no sabía que Abdul era Abdul. ¿Cómo iba a saberlo? Estaba dispuesto a defender mis desechos. Pero entonces él dijo: *Tranquilo, no pasa nada, amigo.... Tranquilo y amigo.* A mí tanta amabilidad me dio mala espina. *No te preocupes, no voy a quitarte tu comida...* Eso me descolocó. La verdad es que no estaba acostumbrado a no tener que preocuparme. Más bien era al contrario. *No te haré daño, cálmate.* Y entonces sacó del bolsillo un pedazo de víscera envuelto en papel, y me lo ofreció... ¡Joder, víscera de cordero! ¿Cuánto hacía que no comía un pedazo fresco de algo? Me

zampé el pedazo de víscera y al final bajé la guardia. Abdul se acercó y me dio palmaditas en la cabeza. *Buen perro, buen perro*, y me tiró de la papada con aquellas manazas llenas de callos. Ah, hacía milenios que nadie me hacía mimitos... *¿Cómo te llamas, eh? ¿Cómo te llamas?* Pero aunque hubiera podido contestarle no habría podido decírselo. *¿Que cómo me llamaba yo?* Mi nombre hasta entonces siempre había sido perro asqueroso, chucho, saco de pulgas, qué sé yo... No tenía nombre. Ni tan siquiera había tenido uno con el viejo cabrón.

Marley. De ahora en adelante te llamarás Marley. Como Bob Marley, dijo Abdul. *¿Cómo que Marley como Bob Marley? ¿Para qué quería yo un nombre? Y es más, ¿para qué quería él darme un nombre a mí? ¿Qué significaba aquello? ¿Iba a ser el perro de alguien otra vez? ¿Me había vendido por un pedazo de víscera de cordero sin ni siquiera saberlo? Aunque Marley... Marley como Bob Marley no está mal, pensé. Marley suena bien. Marley como Bob Marley es mejor que nada. Mejor que no tener nombre.*

Te llevaré conmigo, Marley, entonces me dijo Abdul. *Allá en el monte tendrás qué comer, tendrás donde dormir.* ¡Ja! Abdul me pintó el paraíso. Yo me vi relamiendo montañas de huesos sabrosos. Me vi revolcándome en una caseta entre cojines y mantas. *¿Cómo podía imaginar que Abdul me llevaría al Pequeño Bamako? ¿Cómo podía yo imaginar la concentración de miseria con la que me encontré en el Gurugú? ¡Estos te van a meter en la olla!*, pensé cuando llegué al campamento. Y lo más jodido es que tenía que habérmelo imaginado. Pobre Abdul... ¡si iba hecho una piltrafa!

II. Pequeño Bamako

En el Pequeño Bamako, novatos, yo como los restos de los restos. O sea que acordaros de mí cuando vayáis a tirar un hueso. Os lo advierto: el Pequeño Bamako es más de lo mismo. Es decir, más de lo que ya teníais antes de llegar al Gurugú. Miseria en forma de bolsas de plástico colgando de las ramas de los árboles. El monte es la Federación Africana De Los Desarrapados Con Agujeros En Los Zapatos Y El Estómago Vacío. Pero la miseria es compartida, eso sí. La nada que tenéis la compartiréis. Lo cual ya es algo más. En eso los perros somos diferentes de los humanos. Si yo encuentro algo que comer en un vertedero, ay del perro que se me acerque. Primero le voy a gruñir: *te lo advierto, no te acerques más*. Y luego ya le suelto una dentellada. Los perros somos más simples. Tengo hambre-no te acerques. Te huelo el culo-me caes bien-me caes mal. Los humanos sois más complejos. Habláis, discutís, os encanta daros importancia. Sois impacientes. Contáis cada miserable segundo que pasa. Queréis que el futuro llegue cuanto antes mejor. El presente de aquí no os gusta. Parece como si el Gurugú fuera un

trampolín desde el que saltar y caer en medio del paraíso. Todo el tiempo tenéis a Melilla en la boca. Queréis saltar la, entrar en, llegar a. ¡Joder, qué obsesión! ¿Qué habrá en Europa que no haya aquí? ¿Vosotros lo sabéis, novatos? ¿Sabéis qué es lo que hay más allá del charco? *Un futuro*, siempre decís, *un futuro*...

El Pequeño Bamako es un crisol. Aquí hay malienses, senegaleses y marfileños. Y un poco más allá, está el campamento de los cameruneses y demás. Como vosotros, novatos, todos aquí han abandonado sus hogares y sus familias. Todos han arriesgado sus vidas para llegar hasta aquí. Todos han sido novatos una vez. Yo os veo pasar por aquí a millares. Cada uno con sus sueños y sus esperanzas. Pero no os hagáis ilusiones, novatos. Tenéis que saber que la mayoría no lo vais a lograr. Tal vez lo intentéis durante unos años, hasta que os envíen al desierto y no podáis volver, o simplemente muráis o digáis basta. Pocos pueden saltar la valla, y aún menos pasar al continente. A los del otro lado del charco les importa una mierda lo que os pueda ocurrir. Aunque os joda reconocerlo, esta es la verdad, novatos. El Gurugú es una calle sin salida. Estáis al final de un embudo y no sabéis cuando podréis salir.

III. Los mejanis

Cuando llegué aquí y vi las barracas, cuatro ramas con un plástico encima, pensé: *Dios mío... ¿Para qué querrán estos tipos un perro? ¿Pero qué coño estoy haciendo yo aquí?* No entendía nada. Hasta que un día, al amanecer, oí sombras verdes entre los árboles. Algo iba mal. Las sombras se acercaban sigilosamente al campamento. Los malienses, los senegaleses, los marfileños, Abdul: todos dormían. El Pequeño Bamako era una presa fácil. Y yo olía palos. Olía muerte.

(MARLEY ladra con ganas.)

¡Despertaos, joder! ¡Arriba, arriba, algo está pasando! Abdul se levantó temblando. El campamento se estremeció. Se oyeron gritos de alerta. *¡Los mejanis, los mejanis!* Todos se apresuraron a coger las bolsas de plástico colgadas de las ramas. La nada que tenían que conservar fuera como fuese. *¡Los mejanis, los mejanis!* La policía marroquí. Los demonios. Todos echaron a correr monte arriba. Abdul era una bala. Entonces, del bosque vi salir un enjambre de sombras verdes. *¡Los mejanis, los mejanis!* Las sombras verdes arrollaron el campamento con sus palos y sus porras. *¡Marley, ven! ¡Marley, aquí!*, gritaba Abdul des de más arriba. Pero yo no le escuchaba. No podía. Me planté en el suelo y me volví loco de rabia...

(MARLEY ladra frenéticamente y enseña los comillos.)

¡Malditos mejanis! ¡Os conozco bien! ¡Cuántas veces me habéis dado con vuestras botazas de mierda! ¡Venid aquí, cabrones! ¡Os arrancaré los huevos a mordiscos!

Pillaron a los rezagados y los molieron a palos. Los pobres se tiraban al suelo y se cubrían la cabeza con las manos. Pero los cabrones les daban muy fuerte. Los mejanis arrasaron con todo. Hicieron un montón con todo lo que encontraron: bolsas, mantas y demás, y lo quemaron todo. Pero conmigo no se metieron. No se atrevieron. Debieron verme muy fiero. Y sí, la verdad es que estaba muy pero que muy cabreado. Ese era entonces mi hogar y no pensaba moverme de ahí. El mundo del Pequeño Bamako ardía ante mis ojos de perro pero ni siquiera las llamas me daban miedo...

Luego, los mejanis se fueron. Se oían los gemidos de los que estaban tirados en el suelo. A un marfileño le habían dado con una piedra en las rodillas. *¡A ver si así puedes saltar la valla, hijo de puta!* le dijeron. Todos en el Gurugú tienen algún recuerdo de los mejanis en el cuerpo. Y sino, cortes de las cuchillas de la valla. Vosotros también tendréis vuestras cicatrices, novatos, podéis estar seguros.

Entonces, los que habían huido fueron volviendo al campamento. Abdul me acarició con sus manazas llenas de callos. *Buen perro, Marley, buen perro. Eres un perro muy valiente.* Me di cuenta de que me miraba de un modo distinto al de antes. En sus ojos había una especie de orgullo. De hecho, todos me sonreían y me daban achuchones. Y entonces lo comprendí... ¡Se habían salvado porque yo les había dado la alarma! ¡Por eso es por lo que Abdul me alistó! Y la verdad es que me gusta, joder. Me gusta poder ser útil en algo. Me hace sentir más... ¡más perro!

Pero id con cuidado. A más de uno le he oído decir después de una redada: *¡Estoy harto de estos cabrones! ¿Por qué nos tratan así? ¿Acaso no somos todos musulmanes? ¿Acaso no somos todos hermanos? ¡No puedo más! ¡Mañana mismo salto la valla, aunque tenga que hacerlo yo solo!* Luego cogen sus cosas y se van monte abajo con su rabia y su soledad. Jamás hemos vuelto a ver a ninguno. Jamás, novatos. Abdul siempre decía que era muy importante esperar el momento oportuno. *El momento oportuno, repetía, hay que esperar el momento oportuno...*

IV. El partido

¿Os gusta el futbol, novatos? En el Gurugú el futbol es religión. Los días de partido son especiales, ya lo veréis. El Gurugú entero se reúne en la explanada. Están todos: los del Pequeño Bamako, los cameruneses, los nigerianos, los congoleños. La Federación al completo. El público abarrota el perímetro del campo. Es una fiesta y

se respira testosterona por un tubo. En el Gurugú sólo hay hombres, es un mundo de machos y yo me dejo contagiar por el buen rollo.

(MARLEY ladra y se agita, eufórico.)

Aquel día, los equipos calentaban rodeados de una gran expectación. Todo estaba listo para asistir a un partidazo: la selección de Mali contra la del Camerún. Abdul estaba de portero. Le había salido el ramalazo patriótico y el tío se había pintado la bandera de Mali en la cara. La verdad es que acojonaba un poco. Los capitanes se dieron la mano y... ¡empezó el partido!

(MARLEY ladra.)

Las aficiones animaban ruidosamente a su equipo. El juego era enérgico, acelerado, brutal. Se pegaban unos codazos... *Como sigan así, ¡más de uno va a salir en camilla!* pensaba yo. El arbitraje brillaba por su ausencia. Las reglas más elementales del juego eran algo remoto. ¿Estrategia de equipo? Nada, un espejismo. A falta de talento, en el Gurugú lo que manda es la fuerza, novatos. Pero había un jugador que destacaba por encima de los demás... El delantero del equipo camerunés era auténtica una fiera. Un chicarrón con cara de pocos amigos. La verdad es que llamaba la atención que en pleno verano estuviera jugando con un jersey grueso, pero bueno... El chicarrón corría como una liebre y movía el balón como si fuera una extensión de sus pies. Se pasó la defensa maliense por el forro y en un tris tras se plantó ante Abdul. Golazo. Abdul no lo pudo evitar. Los cameruneses se volvieron locos. *¡Samuel, Samuel!*, gritaban todos a coro. Y Samuel les correspondió con cuatro goles más. Cuatro-goles-más, novatos. Fue la leche, os lo aseguro. Y cada vez que marcaba, Samuel se detenía un momento para mirar desafiante a Abdul, como para demostrarle quien mandaba ahí. Aquello se convirtió en algo personal. Abdul arengaba a sus compañeros, se cabreaba, maldecía, se desesperaba... Pero no hubo nada qué hacer. La defensa maliense era un colador. Con Samuel la diferencia era tan grande, que el partido no tuvo color. Camerún ganó cinco a cero.

Entonces, los cameruneses llevaron a su estrella en volandas. Abdul se quedó sentado en el suelo contemplando la escena, abatido. La verdad es que Samuel le dio un buen repaso. *Pero... ¿quién coño será éste Samuel? ¿De dónde ha salido?* parecía pensar Abdul. Por suerte, los perros no tenemos el sentido del olfato atrofiado y me acerqué hasta donde estaba el goleador. Me pegué a él y le olí la entrepierna... ¡Joder, era una hembra! ¡Samuel era una hembra! Samuel o como coño se llamara me apartó de un manotazo.

(MARLEY ladra.)

Miré a Abdul y vi que me estaba observando. Él también se había dado cuenta de que había algo ahí que no encajaba...

V. Brasas

Entonces, Abdul empezó a estar inquieto. Por las noches no podía dormir. Se levantaba a menudo y se quedaba atontado en la hoguera removiendo las brasas. Yo sabía que tenía a Samuel o como coño se llamara metido en la cabeza. O más bien debería decir *metida* en la cabeza. Porque no era sólo por la humillación que sufrió, por lo que Abdul no dormía. No era sólo porqué su orgullo quedó malherido. No. Había algo más. Abdul se hacía preguntas. Y a mí me hubiera gustado poder responder a sus preguntas. Pero ¿cómo? ¿Lo veis, novatos? Ésta es una más de las mil barreras que existen entre especies distintas. Entre vosotros y yo...

Hasta que una noche de luna llena, Abdul no pudo más. El canto de las chicharras retumbaba en el monte, se te metía en la cabeza. Yo me hubiera puesto a aullar, pero no podía. Los Desarrapados me hubieran molido a palos. De repente, Abdul salió de la barraca. *Marley, vamos. Ven conmigo.* ¡Qué emocionante, una aventura! Aunque yo ya sabía dónde íbamos. Y, efectivamente: nos metimos en el sendero que lleva al campamento camerunés a través del bosque. Era evidente que Abdul estaba obsesionado.

Llegamos a un pequeño claro que está justo antes del campamento. En el claro se divisaba una sombra. *Chhht. No hagas ruido,* me regañó Abdul. Pero qué morro tenía el cabrón... Me dijo *a mí* que no hiciera ruido. ¡Él, que era tan sigiloso como un elefante!

Pero ahí estaba la sombra en medio del claro... lavándose. Nos agachamos y contemplamos la escena escondidos entre los árboles. Era Samuel, que aprovechaba la noche para quitarse la ropa y lavarse con un poco de agua. Joder, tenía unos pechos firmes. Un cuerpo esbelto pero robusto. Casi de atleta. La verdad es que a pesar de su cara de chico duro, Samuel o como coño se llamara era una auténtica belleza salvaje. Abdul no podía quitarle los ojos de encima. Estaba como hipnotizado. Y a la vez, parecía aliviado. Aliviado porqué Samuel fuera una mujer y no un hombre.

Ella se lavó los sobacos, los pechos, la cara... Abdul se levantó y pisó una rama. Ella se asustó y se cubrió enseguida. Abdul salió a la luz y se miraron. Ella le reconoció: era el portero de la bandera de Mali pintada en la cara. Él le preguntó que como se llamaba. Marie. Ella se llamaba Marie. Él también le preguntó si los suyos sabían que se llamaba Marie y no Samuel. *No, los míos no saben nada. Los míos creen que*

me llamo Samuel, contestó Marie. Y era mejor así. El Gurugú no es lugar para una chica. Él hablaba bambara. Ella, ewondo. Pero se entendían perfectamente en francés. Él era musulmán. Ella, cristiana. ¿Pero qué importaba? Los dos eran jóvenes. Muy jóvenes. Abdul era un hombre, al fin y al cabo. Y ella, una mujer que se llamaba Marie. El Gurugú derriba fronteras, novatos. En el Gurugú se está tan lejos y al mismo tiempo tan cerca. En el Gurugú no hay máscaras ni disfraces que valgan. En el Gurugú todo es o no es. Porqué en realidad el Gurugú es más que un monte. Mucho más. Es un volcán adormecido. Un lugar al que el futuro no llega y en el que la lava del tiempo se ha detenido. Al fin y al cabo, en el Gurugú ocurren cosas que no ocurren en ningún otro lugar. Y no hay nada como una soledad prolongada para que surja el cariño. No hay nada como el volcán de dos cuerpos que estallan y se desparraman uno en el otro. En el Gurugú, nada puede evitar que la carne se funda.

Yo me quedé observando a Abdul y Marie desde la oscuridad de los árboles. No os preocupéis, Abdul y Marie, pensaba yo. No os preocupéis. Esta noche estáis protegidos. Esta noche velaré por vosotros...

(Marley aúlla lánguidamente.)

VI. El salto de Abdul

Dicen que los ojos de algunos perros parecen humanos. Pero yo digo que los ojos de algunos humanos parecen de perro. Como por ejemplo los vuestros, novatos, que cuando me miráis así, como ahora lo hacéis, las barreras que nos separan parecen fundirse y por un momento... por un momento tengo la ilusión de que me estáis comprendiendo. Qué curiosos sois los humanos... Qué curiosos son los montones de casas en las que vivís... Desde aquí, Melilla es sólo eso: un montón de casitas dispuestas una encima de otra. A mí Melilla me dice tanto como Sebastopol... Connecticut, o... Reykiavik. La diferencia es que Melilla está aquí enfrente. A nuestros pies. Y ese montón de casitas resulta ser la entrada del paraíso. Un pedacito de Europa en tierra africana. Pero ¿qué hay más allá del mar que estáis todos locos por ir, eh? ¿Qué hay...?

A ellos tanto les da que os deporten como que reventéis. Sois los desperdicios del mundo. Y Marruecos el tapón que no va a dejaros pasar. *El destino existe*, solía decir Abdul, *el destino existe, lo que pasa es que el muy cabrón no se deja atrapar...*

Pero un día el destino llegó. Abdul lo agarró por las pelotas y no lo quiso soltar. Aquella mañana se levantaron muy temprano. No había amanecido aún. Hicieron sus abluciones y sus rezos. *Inshallah, si Dios quiere*, se repetían entre ellos como para conjurar la buena fortuna. Abdul vino hacia mí y pegó su cabeza contra la mía.

Tengo que marcharme, Marley. Eres un buen perro. Alguien cuidará de ti. Perdóname. Y luego, por primera vez desde que hiciera siglos lo hubiera hecho el viejo cabrón, Abdul me puso un collar y me ató a un árbol con una cuerda. Joder, no podía creerlo. Yo me puse a ladrar como loco: *¡Abdul, no me dejes! ¡Abdul, llévame contigo! ¡Abdul, soy tu perro! ¡Abdul!*

Dicen que eran más de un millar. Dicen que fueron de todos los campamentos. Dicen que bajaron del monte en fila india, porque aquí los senderos son muy estrechos y hay que ir con cuidado de no caerse por los barrancos. Dicen que durante la marcha todos callaban, encerrados en su propio silencio. Dicen que verlos bajar en la oscuridad era como ver una procesión de cuerpos sin alma. Dicen que estaban asustados, pero que aunque hubiera cien vallas no habrían dado marcha atrás. Dicen que lo intentaron por el arroyo de Farkhana. Dicen que si por ahí logras saltar las tres vallas de siete metros de alto con sus cuchillas cortantes, entonces lo tienes muy bien porque ya estás a nada de ir andando hasta el CETI, el Centro de Estancia Temporal de Inmigrantes, y que cuando llegas al CETI se puede decir que ya estás salvado, porque está la Cruz Roja y te dan ropa y comida, y que luego te mandan a la policía a que te abran un expediente, y que luego, Dios dirá. Dicen que los mejanis los vieron llegar y dieron la alarma. Pero también dicen que, de todos modos, la Guardia Civil ya estaba esperándoles por el lado español con los puños quemando y los ojos echando fuego. Dicen que los mejanis gritaban y les insultaban para meterles miedo. Dicen que algunos querían volver al Gurugú, que por ahí era imposible pasar. Dicen que otros les respondían que cuantos más fueran mejor, que así tendrían más posibilidades de desbordar la frontera. Dicen que la fe mueve montañas. Dicen que el odio te corta en pedazos. Dicen que los sueños hay que realizarlos porque sino el miedo te mata. Dicen que un grupo de unos tres cientos fueron desplazándose en paralelo a la valla hasta que decidieron saltar en un tramo sin cuchillas. Dicen que fue como si hubiera estallado la tercera guerra mundial...

Por la tarde, Marie vino al Pequeño Bamako y me soltó. *Vamos, Marley. Vamos a ver qué ha pasado con Abdul.* Los que ya habían vuelto a su campamento le habían contado que hubo muchos heridos y también detenidos. Uno de ellos vio que Abdul había logrado saltar las vallas junto con otros. Joder, Abdul lo había logrado. Había logrado llegar al otro lado... Pero la Guardia Civil les dio de hostias y los devolvió ensangrentados a Marruecos a través de una puerta auxiliar. A eso le llaman *devoluciones en caliente*, novatos, y aquí todo el mundo sabe que son ilegales. Luego, los mejanis les dieron otra ración de hostias y se los llevaron... Pero mientras se lo contaban, Marie hizo como si nada. No quería que sus compatriotas se percatasen de que la noticia le dolía. Nos bajamos hasta Beni-Enzar para hablar con el padre Joaquín, un jesuita que trabaja ayudando a los Desarrapados como vosotros. El padre Joaquín le contó a Marie que en la gendarmería marroquí le habían dicho que a los detenidos se los habían llevado a un centro de detención en

Oujda, en la frontera con Argelia. Y Marie sabía perfectamente qué significa eso... Significaba que la policía marroquí los había dejado tirados en medio del desierto, y que volvieran al Gurugú andando si tenían cojones.

Marie necesitaba confiar en alguien. Estaba desesperada. Y el padre Joaquín parecía un buen tipo. Entonces, Marie le contó que en realidad era una chica que se hacía pasar por un chico. El padre Joaquín le dijo que fuera con mucho cuidado, que el Gurugú no era lugar para una chica. *Ya lo sé*, le contestó Marie, *pero es que aún no pienso saltar. No estoy preparada*, dijo. *Y por favor, si consigue saber algo de Abdul, lo que sea, hágamelo saber enseguida. Para mi es muy importante*. El padre Joaquín le prometió que haría lo que pudiera, aunque la situación era muy complicada.

Volvimos al Gurugú a oscuras. Más de cuatro horas de caminata entre ir y volver de Beni-Enzar. Fui con Marie a su campamento. Me hizo entrar en su pequeña barraca. Era tan pequeña que casi sólo cabía ella. Se echó a mi lado y me abrazó. Joder, se puso a llorar... Todo aquello era muy nuevo para mí, novatos. Yo no entendía nada. *¿Qué le pasa a esta hembra?* pensaba. Pero estaba cansado. Muy cansado. Sentía que los ojos me pesaban y que me estaba durmiendo...

VII. La barraca

Nos vamos al Pequeño Bamako. Marie cogió sus bártulos, que cabían todos en una bolsa de plástico y se echó a andar por el sendero. No habían pasado ni tres días desde el salto de Abdul y yo ya la seguía allá donde fuera.

Cuando llegamos al Pequeño Bamako, todos nos miraban. Reconocían a Samuel, el goleador camerunés que derrotó a su equipo. Pero no le miraban con rencor, sino más bien con sorpresa. *¿Qué hace este tío aquí...?* Pero su sorpresa fue mayor cuando vieron que Samuel, es decir, Marie, se instalaba en la barraca de Abdul. Samuel, es decir, Marie, colgó su bolsa en la rama de la entrada y se metió en la barraca. A ver, tampoco es que nadie le fuera a reclamar un título de propiedad ni nada de eso... Pero es que Samuel, es decir, Marie, entró en la barraca con tal determinación que cualquiera le decía nada. De todos modos, su comportamiento no dejaba de ser misterioso: normalmente, los cameruneses viven en el campamento de los cameruneses con los demás cameruneses. Pero su sorpresa ya fue mayúscula cuando Samuel, es decir, Marie, reapareció en escena y llamó la atención de todo el mundo dando un par de palmadas... *A ver, a partir de ahora viviré aquí*, dijo, *y a cambio, prometo no jugar más partidos contra vosotros. Cuelgo las botas. Ah, y no me llamo Samuel. Mi nombre es Marie y soy una chica*. Y Marie se metió de nuevo en la barraca.

Los hombres se pusieron a cuchichear unos con otros. Estaban escandalizados. *¡Joder, es una chica! ¿Cómo es posible? Y dice que se quedará aquí, en el Pequeño Bamako... Pero bueno, al fin y al cabo, ha dicho que no volverá a jugar contra nosotros, y eso está bien. Eso equilibra de nuevo la competición...*

Fuera como fuese, el comportamiento de Marie era incluso misterioso para mí. *¿Por qué habrá hecho eso?* pensaba yo. *¿Por qué les habrá dicho a todos que es una chica?* Pero bueno... es que Marie era Marie. Yo me planté delante de la barraca, montando guardia. Ahora era el perro de Marie y tenía que protegerla. Entonces puse cara de *a quien se pase un pelo, le arranco los huevos.*

VIII. Amor perro

(Ambiente onírico.)

Aquella noche soñé que Abdul volvía del desierto. Llegaba al Pequeño Bamako hecho polvo y con un turbante harapiento en la cabeza. *No te puedes imaginar cómo quema el sol en la arena, Marley, no te lo puedes ni imaginar...* Yo daba brincos de alegría y le lamía la cara. *Buen perro, Marley, buen perro,* me decía. Y luego se sacaba un hueso de melocotón del bolsillo y me lo daba... *Joder, ¿un hueso de melocotón?* Yo no entendía nada... Si fuera un hueso de pollo, de vaca o de cordero, vale, pero de melocotón... Pero luego, Abdul se quedaba muy quieto, mirando fijamente hacia el horizonte. Yo ladraba e intentaba llamarle la atención. Le mordisqueaba los tobillos para que reaccionara. Pero nada. Abdul se convertía en estatua de arena, se agrietaba y luego desaparecía lentamente arrastrado por el viento...

¿Por qué me habrá dado Abdul un hueso de melocotón? pensé cuando me desperté. No tenía ni idea.

Por la mañana oí que Marie se removía dentro de la barraca. Durante aquellos días la había notado inquieta, nerviosa. No sabía qué le pasaba... De repente, salió disparada y vomitó en la entrada. Dejó un charco espeso en el suelo. *Joder, debería haberme dado cuenta antes. Fui un idiota. Un auténtico palurdo. Lo que nos faltaba,* pensé... Marie estaba embarazada... *¿Cómo iba a traer un crío al mundo en el Gurugú?* Aunque me imaginé que ella se estaba haciendo exactamente la misma pregunta: cómo. Y todo por un polvo. Todo por echar un polvo. *Plis-plas, encantado, te dejo un regalito y adiós... Joder, un crío. Sólo nos faltaba eso...*

IX. Fotografías

(Sonido de un helicóptero. MARLEY ladra.)

¿Veis cómo hay que estar siempre alerta, novatos? Si pudieran, estos cabrones pondrían vallas hasta en las nubes...

Y entonces llegó el frío. El Pequeño Bamako se congelaba bajo las lonas de plástico. Los Desarrapados se abrigaban como podían con diferentes capas de ropa. Cuantas más mejor. La verdad es que así vestidos, no parecían tan flacos. Marie, en cambio, lucía barriga. Estaría ya de unos cinco meses. Se pasaba el día de aquí para allá recopilando cosas para cuando naciera el bebé. Incluso había encontrado una Barbie en el vertedero de Beni-Enzar, por si era niña. La verdad es que Marie sabía buscarse la vida. Los compañeros del Pequeño Bamako aceptaron que Marie estuviera embarazada. ¿Qué iban a hacer sino?

Hasta que un día, tuvimos visita. Vino el padre Joaquín acompañado de un periodista español. Trabajaba para una revista importante de su país. El padre Joaquín le pidió a Marie si le importaba que el periodista le hiciera preguntas y le sacara algunas fotos. El periodista le dijo a Marie que era bueno que la gente de su país supiera lo que está ocurriendo en el Gurugú. Marie contestó que si era para bien, que adelante. La gendarmería marroquí no permite que nadie os ayude, novatos. Y mucho menos que vengan periodistas a husmear y a sacar fotos. Si le llegan a pillar, al periodista le hubieran requisado la cámara.

¿Y de Abdul...? Nada. No había novedades. *No he podido saber nada de nada*, dijo el Padre Joaquín. *Es como si se lo hubiera tragado la tierra. A lo mejor ha renunciado y ha vuelto a su país. De ninguna manera*, contestó Marie, *Abdul no renunciaría jamás. Le conocí poco pero le conocí bien. Si Abdul no ha vuelto al Gurugú es que está muerto.* Y en ese momento me jodió reconocerlo, pero creo que Marie tenía razón: Abdul estaba muerto. *De todos modos, lo más importante es pensar en el niño que va a nacer*, dijo el Padre Joaquín, *o sea que hazme el favor de dejarte ingresar en el hospital de Nador cuando falte poco para el parto.* Pero Marie... Marie era muy terca. Le dijo al padre Joaquín que sí para que no siguiera insistiendo, pero yo sabía que, en el fondo, ella estaba pensando que no. Y no es porque Marie no confiara en él. Marie confiaba todo lo que una chica joven que ha vivido lo que ella puede confiar.

En el momento de las fotos el periodista le pidió a Marie si le importaba mostrar la barriga. Marie dijo que no había problema. El tipo le iba sacando fotos desde diferentes ángulos y le pedía a Marie que se pusiera de diferentes maneras. La verdad es que Marie no hacía nada para estar expresiva. Pero no hacía falta. Sus ojos lo decían todo. Su rostro de expresión dura, masculina, sus labios abultados...

todo en ella daba una sensación de belleza primitiva, como de origen de los tiempos...

Ahora unas cuantas con Marley, dijo de repente Marie. *¿Yo? ¿Salir en las fotos...? Ven aquí, Marley. Ven.* Y yo fui con Marie un poco encogido. Estaba incómodo, no sabía cómo ponerme. Pero Marie me decía: *Tranquilo, Marley, tranquilo...* y me acariciaba con aquellas manos casi tan llenas de callos como las de Abdul...

X. Bienvenido al Gurugú

El día que Matthieu llegó al mundo llovía que te cagas. Todo el Gurugú estaba metido bajo las lonas de plástico, apretujados y empapados hasta la medula. Parecía el diluvio universal. ¡Con lo poco que me gustan a mí las tormentas! ¿Sería por los truenos que nadie oía gritar a Marie?

(MARLEY ladra como loco.)

¡Eh, vosotros, imbéciles! ¡Venid aquí! ¡Que Marie está pariendo, joder!

Pero nada... Nadie se movió de debajo las lonas. A lo mejor creían que la tormenta me había vuelto loco, o... qué sé yo. Vosotros no tenéis ni idea, novatos, de hasta qué punto podemos sentirnos frustrados los perros mientras los humanos seguís sin enteraros de nada. Yo no sabía qué hacer. Me daba miedo entrar en la barraca. Marie era dura como una roca, pero y si... ¿y si no salía bien? Es que Marie no tenía que estar pariendo en el monte, joder. Tenía que haberle hecho caso al padre Joaquín y parir en el hospital. ¡Que no era una perra, joder! Pero Marie era Marie. Terca como una mula...

Hasta que la tormenta, finalmente, pasó... Y entonces, entré en la barraca. Marie estaba hecha polvo. La barraca olía a sudor. A sudor y a fatiga. Pobrecita Marie... había cortado el cordón umbilical ella misma. Marie era una leona, una auténtica leona... Resultó que el recién nacido tenía picha. La verdad es que era bastante feo, pero tengo que admitir que me alegré de oírle llorar...

Entonces... me convertí en el juguete preferido del pequeño Matthieu. ¡Qué peste de niño! ¡Me tiraba de las orejas, me mordía la cola, me atosigaba! ¡Joder, es que era un torbellino! ¿De dónde sacaba tanta energía ese niño? Aunque conociendo a la madre... tampoco me extraña... La verdad es que cuando venía gateando hacia mí con aquellos ojos de travieso, me lo hubiera comido... ¡Y luego iba y me pegaba un tirón de orejas que te cagas! ¡Joder, es que tenía las manazas de su padre!

El caso es que Matthieu se convirtió en el centro de atención del Pequeño Bamako. Y hasta de todo el Gurugú, diría yo. Todos le decían cosas. Todos querían jugar con él, hacerle monerías. Con Matthieu, los tipos más duros del monte se ablandaban. Matthieu no tenía padre y a la vez tenía muchos. De alguna manera, Matthieu no era sólo un niño pequeño. Matthieu encarnaba las ganas de vivir, de prosperar, de ir más allá. Era como si Matthieu fuera un hombre pequeño, y los demás, niños grandes. Con Matthieu en el monte, novatos, el Gurugú no era un lugar tan insoportable.

XI. El salto de Marie

Pero entonces, llegó el fatídico día. Tarde o temprano tenía que ocurrir. Durante todo aquel tiempo intenté convencerme a mi mismo de que Marie a lo mejor, de que tal vez Marie, de que Marie a fin de cuentas, teniendo como tenía que cuidar del pequeño Matthieu -¡que era ya un chavalote de casi dos años!-, se olvidaría de la valla, se olvidaría del futuro y de la tierra prometida... Pero no. Marie no se olvidó. Marie era muy, muy terca. Marie simplemente fue paciente y esperó el momento oportuno, *su* momento. Y el saber de algún modo, aunque no quisiera admitirlo, que aquello iba a ocurrir algún día, no me dolió menos. ¡Me dolió incluso más! Otra vez tuve que escuchar *eres un buen perro, Marley, perdóname, alguien cuidará de ti*. ¡Y una mierda! Marie me puso un collar y me ató a un árbol. ¡El mismo árbol al que Abdul me ató en su día! ¡El mismo collar, novatos, la misma cuerda! ¡Qué putada, joder, qué putada!

¡Marie! ¡Marie, no me falles! ¡No te vayas! ¡No me dejes aquí tirado, Marie! ¡Soy más que un perro! ¡Soy tu perro, Marie! ¡Soy yo, soy Marley! ¡Siempre te he protegido! ¡Siempre he estado a tu lado, Marie! ¡Y aunque te fueras al otro lado del mundo, yo te esperaré durante mil años! ¡Porque ahora que me he acostumbrado a recibir el cariño de alguien, Marie, ahora esperaré siempre que este cariño vuelva otra vez! ¿Lo ves? ¡Me has mal acostumbrado, Marie! ¡Es culpa tuya! ¡Me has enseñado a ser necesario! ¡Me has enseñado a ser un perro! ¡Y un perro tiene que ser necesario, Marie, no lo puede evitar! ¡Porque un perro es un perro, Marie! ¡No te vayas, Marie! ¡No subas a esa valla! ¡No hagas lo que nadie ha visto jamás, ni siquiera aquí en el Gurugú! ¡No claves tus garras en la alambrada! ¡No muerdas el aire con tu rostro hinchado de rabia! ¡No grites como si el mundo se estuviera acabando! ¿No ves que incluso los mejanis están flipando contigo? ¿No ves, Marie, que incluso la Guardia Civil está rogando al otro lado que no le pase nada a Matthieu porque-eso-ya-sería-la-hostia-y-qué-pasaría-con-ellos-si-los-medios-se-enteran? ¡No saltes, Marie, no saltes la valla llevando a tu hijo amarrado a la espalda!

Eres increíble, Marie... Qué belleza cuando escalas. Qué belleza cuando todos los músculos de tu cuerpo se contraen para aferrarse al futuro. A ese futuro por el que tanto has luchado y que nadie te va a arrebatar. La suerte está echada y tú no vas a rendirte. No hay nada aquí por lo que tengas que renunciar. Ni siquiera yo mismo, Marie. Y en cambio, todo lo que no tienes, todo lo que por derecho te mereces, está al otro lado de esa valla. ¿Cómo iba yo a culparte, Marie? ¿Cómo iba yo a juzgarte? Yo soy sólo un perro. No puedo entender. No puedo asumir. Yo sólo puedo admirarte, Marie. Admirar tu fuerza y tu rabia. Admirar tu valor y tu entrega. Salta, Marie, salta. Eres una auténtica diosa guerrera...

(MARLEY aúlla lánguidamente.)

XII. Ida y vuelta

El padre Joaquín se portó muy bien conmigo. Cuando le vi aparecer en el Gurugú, supe que estaba salvado. Me soltó y me llevó con él a Nador. Tenía la esperanza de volver a ver a Marie y a Matthieu. Pero al padre Joaquín le dijeron que, al ser Matthieu un niño pequeño, se los habían llevado a un centro especial en la Península. O sea que Marie lo había logrado: estaba en Europa, al fin en Europa... A saber cómo les va...

En Nador llevé una vida muy tranquila. El padre Joaquín vivía en la casa parroquial con otros curas. Tenían un bonito jardín en el que podía pasearme. Comí como nunca. Además, mi pelo estaba limpio y reluciente. Me habían desparasitado. No tenía pulgas. ¡Y eso sí que era toda una novedad! La vida que llevaba en Nador estaba bien. En realidad era mucho más de lo que nunca hubiera imaginado, pero... la verdad es que me aburría. No sé... no terminaba de acostumbrarme a la ciudad. Echaba de menos el monte. Vagar por ahí. A menudo sentía el impulso de escapar, de echar a correr hacia el Gurugú... a ver si estaban Marie y Matthieu... a ver si de repente aparecía Abdul...

Un día, el padre Joaquín salió al jardín muy contento. *¡Mira, Marley! ¡Mira quien sale en la revista!* En la portada estábamos Marie y yo. Marie luciendo su barriga desnuda, en la que estaba Matthieu. Y yo sentado junto a ella, poniendo cara de perro. Es curioso, a veces las fotos en blanco y negro tienen la virtud de realzar aquello que muestran. En esa foto, Marie y yo teníamos algo de majestuoso. Sencillo, tal vez, pero majestuoso.

¿Pero qué queréis que os diga, novatos? A mi aquello de las fotos me hizo sentir muy extraño. Marie me había dejado tirado. Y no fue la única vez. ¿Cómo queréis que confíe en vosotros, eh? Vosotros solo tenéis una idea metida en la cabeza,

novatos, solo una: saltar la, entrar en, llegar a. Aquí estáis solo de paso. Para vosotros el Gurugú no es más que la sala de espera del paraíso. Pero para mí, el Gurugú es mi casa. *Mi casa*, novatos. ¿Cómo iba a confiar en vosotros, eh? A la primera oportunidad me dejaríais tirado. No sois diferentes de los demás. Aunque ahora me miréis con cara de pena porque estáis cansados de tanto viaje y necesitáis que alguien os haga mimitos, no sois diferentes de los demás. Yo antes era un ingenuo. Creía que... creía que podía confiar en vosotros. Pero... ¿qué puede haber más cutre que un desarrapado del Gurugú, eh? ¿Qué más prescindible, qué más insignificante...? Un perro. *Vuestro perro*, novatos. Entonces, si sólo estáis aquí de paso, ¿para qué vais a hacer os cargo de mí, eh? ¿Para qué vais a ser mis amigos, mis amos, mis protectores? ¿Para qué llevarme con vosotros a Europa, eh...?

Simplemente utilizadme, novatos. Utilizadme como han hecho todos los demás. Y luego desapareced en vuestra tierra prometida. Yo me quedaré aquí, montando guardia, mientras os veo pasar a millares por el monte. No os preocupéis, yo os avisaré cuando lleguen los mejanis. Porque llegaran, novatos, no pararan hasta que os echen del monte. En un momento u otro llegaran, podéis estar seguros, y yo os daré la alarma. ¿Qué queréis que os diga? Yo soy solo un perro. Necesito sentirme útil.

Coged vuestras bolsas, novatos. Ya os podéis instalar. Bienvenidos, novatos. Bienvenidos al Gurugú.

(MARLEY aúlla lánguidamente. Fin.)

*Girona, reescrito en octubre del 2015.
Revisado en mayo del 2019.*